

OSVALDO BAYER: UNA NUEVA IDENTIDAD POPULAR EN GESTACIÓN

JORGE ARIEL MADRAZO*

RESUMEN

La entrevista apunta, en buena medida, a un enfoque político-histórico con particular énfasis en lo que se refiere a los sectores populares más amplios y al centralismo de un poder violento como consecuencia de nuestra educación militarizada al extremo, y del carácter de los sucesivos elencos gobernantes. Latinoamérica y la audaz propuesta unificadora –creo de particular interés lo que se dice sobre Chile y la Argentina, así como lo relativo a las etnias, sobre todo los mapuches–, así como el subtema del exilio, completan este material.

Palabras claves: Unificación, etnias, exilio, identidades, popular

ABSTRACT

This interview aims in good measure at a political-historical focus with particular emphasis on the conformation of the widest popular sectors and the centralism of a violent power as a consequence of our education militarized to the extreme, and the character of successive casts of governments. Latin America and the audacious unifying proposal –I think that it is of particular interest what is said about Chile and Argentina, as well as that relating to ethnic groups, above all the Mapuches–, as well as the sub-theme of exile, complete this material.

Keywords: Unification, ethnicities, identities, popular.

Recibido: 27 / 03 / 2003. Aceptado: 29 / 04 / 2003.

*Ensayista argentino, periodista, poeta.

Nacido en 1927 en Santa Fe, Argentina, Osvaldo Bayer estudió historia en Hamburgo, Alemania (en tanto trabajaba como traductor), de 1952 a 1956. De regreso al país se volcó activamente al periodismo –fue secretario general del Sindicato de Prensa–, a la investigación histórica y a la defensa de las luchas populares. Su libro La Patagonia rebelde (1972-76) le valió persecuciones y el exilio en Berlín, hasta su retorno en 1983. Entre sus múltiples escritos deben citarse también Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia (1970), Los anarquistas expropiadores (1974), La Rosales, una tragedia argentina (1974), Exilio (1984, en colaboración con Juan Gelman) y, entre muchos otros textos, su reciente novela Rainer y Minou. En 1995 un senador de Santa Cruz propuso un voto de repudio contra él, por haber reivindicado la “autonomía regional de las dos Patagonias unidas, la argentina y la chilena, como primer paso para la unidad de las dos naciones y la concreción futura de los Estados Unidos Latinoamericanos”. Titular hasta no hace mucho de la Cátedra libre de Derechos Humanos de la Universidad de Buenos Aires, luchador incansable, Bayer goza de un amplio prestigio nacional e internacional.

EN UN MEMORABLE texto de 1979, Osvaldo Bayer retrató a la entonces secretaria de Relaciones Exteriores de la ex Alemania Federal, quien al disertar en Bonn exaltaba el empeño de su país por “proteger la identidad de los pueblos”. Y Bayer anota allí, con agrio sarcasmo: “Ante mí veo los rostros de los nueve delegados obreros de Mercedes Benz Argentina, secuestrados y asesinados; ni siquiera sus cuerpos se encontrarán jamás. ¿Identidad de los pueblos? ¿Y las miles de hectáreas de selva amazónica que la Volkswagen ordenó talar en Brasil?”, para agregar: “Recuerdo los atardeceres en la pampa cuando en las pulperías los gauchos, después de la tarea, buscaban sus guitarras y deslizaban entre los trinos de los pájaros nocturnos un triste o un cielito. Las guitarras se fueron, y llegaron los transistores. Y ahora la industria alemana logró introducir el sistema Pal en colores para la televisión argentina. Y gracias a Dios, Bonn gastará unos millones más para cuidar la identidad de los pueblos...”

Esta referencia sin medias tintas a los crímenes contra la identidad de un pueblo se completa con la alusión –mucho más puntual– a la radio a transistores, vehículo pionero de la “globalización” cultural en el seno de comunidades aisladas; y a un formidable negocio, la TV color, en el contexto del Mundial de Fútbol realizado en la Argentina en 1978. Un torneo y una innovación tecnológica dirigidos a *mejorar la imagen* de la dictadura entronizada en el '76. Esto último remite, con especial énfasis, al papel de los medios masivos para la distorsión –algunas pocas veces, para el remozamiento– de los bienes simbólicos que conforman el imaginario colectivo.

A este respecto, y mirando más allá del marco nacional, Néstor García

Canclini ha analizado los cruces y conflictos existentes en las sociedades latinoamericanas y que apuntan a las diferentes temporalidades históricas que conviven en un mismo presente; de allí que haya propuesto una búsqueda de la identidad que debería ir unida al “cultivo de lo heterogéneo, a la experimentación de diversos estilos de desarrollo y al fomento de los perfiles regionales”. De otro modo: no reincidir en la adoración a una “modernidad” que disuelve lo propio en un mercado trasnacional irradiado desde los centros de poder, ni —el extremo contrario— optar por la declamación dogmática de una mal entendida identidad, limitativa y conservadora.

Es notable cómo Osvaldo Bayer, tras aclarar que no es marxista y sí *socialista libertario*, revaloriza la visión de Antonio Gramsci resaltando el papel de la formación espiritual colectiva en la búsqueda de un camino histórico propio: “Gramsci analizaba admirablemente, desde la cárcel de Mussolini, que los trabajadores deben conquistar primero el espíritu del pueblo, atraer a su lado a los educadores. Si no, la revolución sería muy difícil”. Y no duda: “Creo que la idea de la unificación latinoamericana, el sueño de Bolívar, va a extenderse cada vez más. El ejemplo de Europa es brillante respecto de nuestros pueblos, que tienen la ventaja de hablar en su mayor parte la misma lengua y tener la misma religión y el mismo origen histórico”.

Se estaría, así, frente a un rico friso: en él caben desde ciertas prédicas nacionalistas cercanas a la óptica del *establishment*, reivindicadoras de una supuesta *esencia* popular inmutable cuyo repertorio es canonizado desde el comando cultural, hasta los enfoques para los cuales —sin negar la herencia identitaria— tradiciones e identidades pueden ser construidas e incluso “inventadas” sin cesar. La idea del carácter contextual y contingente de toda identidad se acompañaría con la tesis de que las tradiciones son, en gran medida, *mitos* usufructuados con fines políticos y de reafirmación cultural, según necesidades cambiantes. Un libro del historiador Eric Hobsbawm se titula, precisamente, *La invención de las tradiciones*. Y en otros ámbitos de pensamiento surge, en un sesgo más *derridiano*, la noción de las “identidades puramente relacionales”.

La dicotomía “civilización vs. barbarie” de Domingo Faustino Sarmiento adoptó formas especialmente crudas, en los pasados dos siglos, a través de modelos que arrasaron desarrollos y culturas preexistentes. La postura opuesta: tras la Semana Modernista de 1922, en Brasil, uno de sus fundadores, Mário de Andrade, postulaba: “Nosotros tenemos el problema actual, nacional, de abrasilizar el Brasil”. En la Argentina, el *Martín Fierro* fue exaltado —para oponerlo al masivo flujo inmigratorio— por los mismos que antes lo denostaban. En este encuadre, donde hoy irrumpen las nuevas y polémicas afirmaciones del filósofo italiano Antonio Negri, fundador del grupo de izquierda *Potere Operario*, en cuanto a la supuesta vigencia de un “Imperio” global, concepto que —para sus impugnadores— equivaldría a una suerte de supra-estado imperial prácticamente desvinculado de un epicentro fi-



Osvaldo Bayer y Hebe de Bonafini (©Kristina Eriksson).

nanciero con base nacional (casi, un estadio superador del capitalismo y donde la redención estaría a cargo de una vigorosa “multitud”), internacionistas como Osvaldo Bayer se encargan de recordarnos hasta qué punto los pueblos dependientes continúan librando sus batallas para “conquistar el paraíso”.

Bayer ha recordado una ocasión en que actuó como jurado para Casa de las Américas. Allí accedió a un documento de impresionante crueldad, recogido en uno de los ensayos concursantes. Era el informe fechado en el Tucumán en abril de 1781 y enviado por el gobernador español Mestre al virrey Vértiz, con sede en el Río de la Plata, quien lo aprobó. Decía así: “Se logró apresar a (un grupo de) matacos, 65 de ellos bien armados, además de 12 niños, 12 mujeres y una vieja que traían por adivina, y que los traía a la ciudad. Pero considerando el disgusto del vecindario, las ningunas proporciones de asegurarlos y transportarlos al interior sin un crecido costo de la real hacienda y que en caso de hacerlo era inevitable que escapando uno u otro se volviesen a sus países y sirviesen éstos de guías para conducir a los otros por estos caminos (...), y que su subsistencia sería enormemente perjudicial, los mandé pasar por las armas y dejarlos pendientes de los árboles”. A lo que Bayer acota: “Nosotros los argentinos, siempre diligentes y genuflexos ante el poder, premiamos al feroz virrey Vértiz con el nombre de una de las más importantes calles de Palermo. En las escuelas se nos enseñó que había sido una personalidad notable porque trajo el primer alumbrado...”, agregando: “Alguna vez vendrá alguien con espíritu de justicia, y reemplazará el nombre del ilustre asesino por el de *Matacos*”.

—¿Cómo es que ignoramos tan de plano estos hechos de nuestra historia?, es la primera pregunta a Osvaldo Bayer.

—Eso también se lo debemos a los partidos que nos han gobernado; nunca se trató de democratizar la enseñanza. Por ejemplo, la llamada “Campaña del Desierto”, del general Julio A. Roca¹: en verdad, una gran matanza en un “desierto” que, vale aclararlo, estaba poblado por los verdaderos dueños del lugar, los indios. Son muy claros los testimonios de los propios generales que participaron en cuanto a cómo se torturaba y mataba a los indios. Fíjese, además, qué sintomático: yo he hecho un largo viaje por el sur del país, donde hablé en distintas ciudades. Fue un amplio itinerario que comenzó en San Carlos de Bariloche, siguiendo por Cutral-Có, San Martín de los Andes, El Bolsón, Esquel, Trevelin, General Roca, Choele-Choel. Fui invitado por colegios y universida-

¹Desarrollada entre 1879 y 1883, la expedición del general Roca para la conquista del sur —se lo llamó “desierto” porque no había árboles— y la eliminación de las etnias allí asentadas, se centró en el bienio 1880-81. Comenzó en la zona sur pampeana y se extendió hacia el sur del río Colorado y a la Patagonia. Lo último que se conquistó fue Neuquén.

des. Y en todos los lugares donde hablé, el edificio estaba en la calle General Roca. Ya no saben cómo homenajearlo. A mí me parece muy lógico que tenga su monumento y el nombre de una diagonal en plena ciudad de Buenos Aires, donde viven los que ganaron; pero no se lo impongan a la Patagonia, que fue la tierra conquistada. Eso hace un mal terrible a la gente autóctona.

Tenemos el caso del perito Francisco P. Moreno, naturalista y viajero que es como un héroe nacional. ¿Por qué? Porque fue amigo del Ejército, entonces no lo tocan. El hombre que marcó definitivamente las fronteras con Chile, cuando aquí un héroe nacional debía ser aquel que intentara borrar las fronteras entre Chile y la Argentina. Así es como, desde hace más de cien años, gendarmes argentinos y carabineros chilenos se están vigilando con larga-vistas, a ver si el otro mueve un dedo o se quitó la gorra. Algo absolutamente idiota”.

Además, recuerda Bayer, el perito Moreno fue uno de los fundadores de la tristemente famosa Liga Patriótica Argentina, que persiguió a “comunistas” y a judíos –dato para nada difundido– cuando la llamada “Semana Trágica” de 1919; un vendaval represivo que comenzó con la huelga en la fábrica metalúrgica Vasena. Y agrega: –Hay una frase del P. Moreno, de su libro de viajes, que lo define de cuerpo entero. Dice allí que los mapuches tienen “cara de sapo”. Yo fui invitado a dar una conferencia en el Museo Perito Moreno de Bariloche, y entre otras opiniones traje a colación esa frase. La directora me interrumpió: “Pero, profesor, usted olvida que eran los tiempos de Darwin, quien sostuvo que el hombre descende del mono”. Le contesté: “¡Ah, quiere decir que el mapuche descende del sapo!” Sin olvidar las tierras que recibieron los conquistadores del desierto: 15 mil hectáreas el general Roca, y también sus hermanos; al perito le regalan lo que luego sería ese enorme Parque Nacional que lleva su nombre, en el noroeste de la provincia de Santa Cruz, y los diarios de la época resaltan su “gran generosidad” por haber donado la cuarta parte de lo recibido. ¡Mire qué grandeza! Lo cierto es que había tierra de sobra para todos, para los mapuches y para los blancos. Y hay detalles monstruosos, como cuando Moreno cambió los hermosísimos nombres que mapuches, pehuenches y tehuelches habían puesto a montañas y lagos. ¿Por qué ese “Lago Gutiérrez”? Porque Gutiérrez era el subsecretario del Interior que le giraba los sueldos; un burócrata de Buenos Aires que jamás había pisado la Patagonia. Eso ocurrió con un lago bellísimo cuyo nombre mapuche original era “El Ojo de Dios”, porque tiene la forma de un ojo que mira hacia arriba, rezándole al cielo. Es un aprovechamiento indigno. Lo mismo con respecto a monseñor Fagnano, que luego de viajar al sur escribirá alegrándose del triunfo de los blancos, ya que ahora los indios tendrían Dios y tendrían trabajo (el trabajo era en los cañaverales de Tucumán, y las mujeres debían venir a la capital como sirvientas: ésa fue la “liberación” de aquellas gentes). Y “Monseñor Fagnano” pasó a llamarse

un maravilloso lago de Tierra del Fuego que en la lengua ona había sido bautizado “El Descanso del Horizonte”.

—Es notable, Bayer, cómo nos habituamos a ciertos homenajes y nombres que nos son impuestos, igual que ocurre con la reverencia superficial a artesanías y fiestas indígenas, mientras se ocultan las condiciones de existencia de esos grupos o su defensa de su pedazo de tierra y los núcleos de su cultura...

—Son todas culturas que habría que haber respetado, y que poseen enormes cualidades; por supuesto, muy distintas de las nuestras. Respetar a esos pueblos en sus costumbres, sus maneras de ser, sus idiomas; practicar un verdadero federalismo con ellos. Lo mismo que con los otros pueblos hermanos. Pero aquí siempre ha habido un desprecio absoluto por lo “diferente”. Es un racismo absoluto que nos enseñaron estos señores liberales.

Nunca se habla, por ejemplo, de las campañas que se hicieron en el Chaco argentino para liquidar a los indígenas. Es fundamental, insisto, partir del principio del respeto al prójimo. Yo he estado viviendo en Esquel, tuve mucho contacto con la gente del Cerro Puche, donde viven más de dos mil mapuches; y los políticos todavía dicen: “Atención que éstos son argentinos, tienen libreta de enrolamiento y por lo tanto votan; así que hay que tratarlos bien”. Porque siempre se ha dicho que el araucano, el mapuche, era chileno, y lo han dicho figuras de mucha relevancia: “Son chilenos, se meten en nuestro suelo traspasando nuestras fronteras...” Es la mentalidad del perito Moreno, de Roca. Pero no son ni chilenos ni argentinos, o son tanto argentinos como chilenos: son mapuches, la tierra era de ellos, iban de un lado para otro. Y llegaron a la provincia de Buenos Aires, donde estuvieron mucho tiempo. Trenque Lauquen es un nombre mapuche, y es una ciudad que está en la frontera con La Pampa. ¿Por qué se producía tanta lana en el sur? Por los chilotos, porque no se les pagaba nada.

—Permítame, Bayer, recordar al lector que en Esquel usted trabajó en un diario, del que lo echaron por defender a los mapuches y a los humildes, y hasta estuvo preso unos días falsamente imputado por el dueño del diario de “doble tentativa de homicidio” (!). También allí fundó el diario La chispa, que le valió una expulsión definitiva de la ciudad “por razones de seguridad” al ser zona fronteriza con Chile.

—En efecto, y yo nunca he agarrado ni un cortaplumas... Pero vea: cuando hago el estudio de las huelgas patagónicas, material volcado más tarde en los cuatro volúmenes de *La Patagonia rebelde*, pude enterarme por Correa Falcón, que era el presidente de la Sociedad Rural de Río Gallegos, de que cuando el teniente coronel Héctor B. Varela hace en 1921 esa matanza de

1.500 obreros del campo rebelados contra las inhumanas condiciones de trabajo de los latifundios, “nos reunimos los siete estancieros más importantes de Santa Cruz y fuimos a verlo; y le dijimos: teniente coronel, lo felicitamos porque usted nos ha liberado de los huelguistas, pero le pedimos por favor que detenga los fusilamientos, porque nos vamos a quedar sin peonada y la necesitamos para la esquila. Además, los chilotes no van a atreverse a venir nunca más”. Pero Varela siguió fusilando².

EL MILITARISMO ARGENTINO

—En un escrito muy duro usted ha remarcado que un rasgo constante de la “Argentina oficial” es la devoción y el culto reverencial a los asesinos de rango, desde el general Lavalle, asesino de Manuel Dorrego, hasta el día de hoy..

—La nuestra es una historia muy terrible, de matanzas y degüellos. Pero, además, creo que lo que nos pasa en la Argentina en materia de cultura colectiva —donde tienen tanto peso los sectores dominantes— es que nunca hemos tenido democracia. Fuimos gobernados durante 86 años por dos partidos muy personalistas, al punto de que nunca pudo saberse con claridad qué querían en lo programático; a veces aparecían como inclinados a la izquierda y después terminaban en la derecha, mucho más que los propios partidos de la derecha. Fueron y son partidos clientelistas, la política se maneja en los comités, en elecciones “a dedo”. Y siempre el culto a la personalidad. El propio Hipólito Yrigoyen, que pudo representar un matiz distinto, fue un autoritario y prosiguió con el clientelismo. Cuando la “Semana Trágica” mandó reprimir a los obreros que pedían la jornada de ocho horas. El mismo razonable reclamo por el que fueron colgados los mártires de Chicago. Tres días más tarde de la matanza accedió a ese pedido. ¿Qué quería demostrar? Y lo peor: autorizó a que la Liga Patriótica Argentina trabajara junto con la policía, y hacen el primer “pogrom”, en el barrio de Once.

—¿De dónde cree, Bayer, que proviene el predominio tan fuerte, en la Argentina, de los valores de un Ejército y una Iglesia mayoritariamente retrógrados, en comparación con otros países de Latinoamérica donde esa influencia es más laxa o matizada?

—Nosotros tuvimos una educación muy militarista, auspiciada por esos políticos liberales que jamás fueron demócratas, que huyeron de la presidencia

²El teniente coronel Varela, a quien la Liga Patriótica condecoró con una medalla, fue muerto con dos disparos en 1923 por el anarquista de origen alemán Kurt Gustav Wilckens.

antes de tiempo –¡todos!– y que no frenaron ningún golpe militar. Esto aparece con asombrosa nitidez en los libros del mariscal de campo prusiano conde Colmar von der Goltz, quien vino a la Argentina en 1910 como delegado del Káiser a los festejos del Centenario. Aquel encumbrado jefe militar se mostró encantado y sorprendido por el militarismo en la Argentina, tanto que en su libro *Impresiones de mi viaje por Argentina* (Berlín, 1911), escribe: “Todo lo que sea marchas y desfiles es muy apreciado en Buenos Aires. Entre nosotros, los alemanes, se habla demasiado sobre lo severo de la instrucción militar; pues bien, antes de hablar tendrían que ir a la Argentina y ver ¡cómo se los instruye a los soldados y se los hace ejercitar!”

Queda admirado de que, en las escuelas, ya desde el primer grado se marque el paso y se entonen las marchas militares, agregando: “Todos los festejos argentinos tuvieron un carácter serio y solemne (...); batallones de escolares desfilaban por las calles y daban expresión –y quisiera designarlo expresamente así– al militarismo, que en la Argentina está muy latente, ya que en el extraordinario progreso que la República hace en el orden material no ha perdido de vista la necesidad de fomentar y fortalecer el estilo militar, lo guerrero...”

Y otra cosa: von der Goltz describe cómo, antes de que se concretara una anunciada huelga de transportes, los soldados ya habían ocupado las partes de adelante y de atrás de los vehículos, “con el fusil cargado; y, de anteriores experiencias, se sabía demasiado bien que esos guardias no dudaban mucho en apretar el gatillo...” Idéntico papel –observa von der Goltz– cumplía el Ejército ante cualquier levantamiento obrero, reprochando que eso no ocurriera en la Alemania de Bismarck.

Se puede entender entonces, aunque suene increíble, que el general fascista José Félix Uriburu, que en 1930 se levantó contra la segunda presidencia de Yrigoyen quebrando así el marco constitucional iniciado en 1916, será después objeto de grandes homenajes y enterrado en el cementerio patricio de La Recoleta. No menos perversa fue la decisión de bautizar con el nombre de Uriburu al puente que cruza el riachuelo entre la Capital Federal y Valentín Alsina, en el Gran Buenos Aires. Otro homenaje de la cultura oficial a quien ordenó fusilamientos –como el del joven albañil Joaquín Penina, el primer fusilado por la barbarie uriburista bajo la acusación de imprimir y repartir volantes contra el dictador– y que, además, oficializó la tortura con picana eléctrica implantada por un comisario, que fue el hijo del poeta Leopoldo Lugones.

Menos mal que recientemente, a través de una iniciativa presentada ante el Parlamento de la ciudad de Buenos Aires por varios historiadores y amigos, logramos el cambio de ese nombre. Habíamos pedido se le pusiera el de Joaquín Penina, pero no: nuestros representantes son de una enorme cobardía y finalmente se le restituyó la antigua denominación, Puente Alsina.

El general argentino Riccheri, que fue durante once años agregado mili-



tar en Berlín sin faltar nunca a las recepciones del fabricante de cañones Krupp, en Essen, e impulsor del servicio militar obligatorio en nuestro país, tiene una autopista con su nombre pese a la coima que recibió de Krupp y de Mauser para aceitar grandes compras de armamentos; coima que, lo mismo que el prusianizado servicio militar obligatorio, fue discutida incluso en el Parlamento. Es claro, él donó luego esa coima al Ejército argentino, en un gesto celebrado como de notable “generosidad” por el diario *La Nación* de Buenos Aires.

—Aparte de la falta de espíritu democrático que usted señala en los partidos políticos mayoritarios, ¿de qué otro modo se manifiesta, a su juicio, esa connivencia con el militarismo en los grupos de poder político-cultural?

—Perón defendió a muerte a Roca, y los radicales también. Recuerdo una experiencia mía de 1956 [tras el derrocamiento del Presidente Juan Domingo Perón por el golpe militar de septiembre-noviembre de 1955, N. de la R.]. El general Pedro E. Aramburu, que detentaba por la fuerza la jefatura del Estado, llamó a un Congreso de “normalización” de la Confederación General del Trabajo, donde también se convocó a los peronistas. Hubo nuevas elecciones en todos los sindicatos y de ahí se originaron las 62 organizaciones peronistas, el grupo de los 32 “sindicatos democráticos” y los siete del M.U.C.S., o Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical, comunistas. Yo estuve allí como periodista y recuerdo que un sindicalista radical dijo: “Ahora vamos a empezar a revelar los crímenes del peronismo, los obreros que fueron muertos en Tucumán, en Rosario”, y tantas otras cosas. Y ahí se levantó el entonces tan influyente dirigente metalúrgico peronista Augusto Vandor: “No, compañero, no empiece a hablar de esas cosas porque entonces nosotros vamos a hablar de los obreros muertos en la Patagonia, de la Semana Trágica y de La Forestal”. Se calló todo el mundo, nadie habló más del tema. Pero los sindicatos peronistas jamás recordaron, ni fueron a ponerles un ramo de flores, a los obreros muertos en la Semana Trágica. Es decir: a los crímenes de los radicales, los peronistas no los tocaron. ¿Por qué? Porque son todos crímenes cometidos por el Ejército, y Perón intervino tanto en la Semana Trágica como en los episodios de La Forestal. Lo reconoció su propio biógrafo, Enrique Pavón Pereira. ¿Cómo vamos a descubrir nuestra verdadera historia, si los dos partidos dominantes están mezclados en todo, de esa manera?

“UNA NUEVA ARGENTINA MUY DIFERENTE”

—A partir de esta llamada “crisis” se generaron en el país fenómenos como las redes de solidaridad, la autogestión en cooperativa por sus trabajadores de

empresas vaciadas, las asambleas populares... Fenómenos entusiastamente analizados, entre otros, por la autora de "No Logo", la canadiense Naomi Klein. ¿Qué está ocurriendo? ¿Hay otra forma de cultura, otra identidad gestándose?

—¡Sin ninguna duda! Esta es una Argentina muy diferente de la del '30 o del '45, e inclusive de la Argentina de (Raúl) Alfonsín. Realmente aquí hay un movimiento notable, muchísima gente ha salido a la calle, quizás por primera vez. Porque hay quienes me dicen: "También el 17 de octubre de 1945 el pueblo ocupó la Plaza de Mayo", y demás. Sí, pero aquello fue sin represión. En cambio, en esta época ha habido y hay una represión terrible, como el 20 de diciembre de 2001. Hubo 35 muertos en el país, y muchos heridos. Y se crearon las asambleas populares, un movimiento enteramente nuevo; yo pertenezco a la de mi barrio, Belgrano, y he recorrido otras asambleas. Hay un lenguaje distinto: yo nunca vi que las mujeres de los barrios hablaran en voz alta; pero en las asambleas barriales hablan, ¡y cómo hablan! Porque algún tiempo atrás, en la Argentina parecía no haber peligros inmediatos. Y ahora los hay: que el marido se quede sin trabajo, que los chicos no tengan ni para el desayuno. Y eso lo nota principalmente la mujer. Hay un movimiento y un lenguaje que antes no había. Los críticos destacan que a las asambleas ahora no va tanta gente, en vez de darle importancia al lenguaje que habla esa gente. O los movimientos piqueteros: esto sólo se había visto en las dos primeras décadas del siglo pasado, con el movimiento anarquista, cuando se ocupaban las calles, etcétera. O el hecho de que haya más de un centenar de fábricas abandonadas por sus dueños y puestas nuevamente en funcionamiento por sus obreros. Esto nunca había ocurrido en el país. Por ejemplo, yo he estado en la fábrica de cerámicos Zanón, en Neuquén: allí han hecho cosas increíbles, como que todos ganen el mismo sueldo, jamás se había visto; parecen los tiempos de Lenin. Pero ellos no se apropiaron de la fábrica, por el contrario le han pedido al gobernador Jorge Sobich que el Estado provincial la expropie y ellos ir comprándosela al Estado. Pero el señor Sobich no hace nada, y hay más de veinte juicios contra los obreros. ¡Si Zanón había sido abandonada por los patrones!; es el derecho de la gente al trabajo, que debe primar por sobre todo. Claro está, todo es muy duro: en Zanón la policía no pudo entrar porque ha habido una solidaridad gigantesca; pero de pronto van a caer una noche a palo limpio, la policía o la gendarmería. Y el ejemplo del supermercado Tigre, de Rosario. Lo abandonaron los dueños, fue tomado por sus empleados y obreros, y viera qué supermercado han hecho; además, ayudados por el pueblo porque todos van a comprar allí. Y trabajan con cooperativas de productores de la zona. Y lo más hermoso es que el último piso, donde antes se almacenaban pollos, lo han reservado para la cultura; tengo el honor de haber inaugurado ese sector con una conferencia. Hay cosas que son, casi, de realismo mágico. Nunca pensó, nadie, que trabajadores argentinos serían capaces de hacer

todo esto. En la fábrica Brukman, de vestidos, son casi todas obreras: por supuesto, el poder está pinchando; envían a la justicia, a la policía³. O el fenómeno de los comedores infantiles organizados *motu proprio* por la gente de barrio. ¿Por qué? Me decían las mujeres: “Vimos que aquí, en Belgrano” (en un barrio *rico*, Belgrano), “muchos chicos van a la escuela sin desayunar; entonces, les hacemos el desayuno...” No esperaron a que se los diera el gobierno.

Se hace notar a Bayer, en contraste, el hecho de que las clases altas en el país se vanagloriaron siempre de parecer extranjeras...

—Exacto. Es, inclusive, el caso del candidato presidencial Ricardo López Murphy [N. de la R: Alude a las elecciones presidenciales en la Argentina, cuya primera ronda se celebró el 27 de abril]; otro se haría llamar, simplemente, “López”, pero él añadió el segundo apellido en inglés, lo que le da un falso prestigio.

—*Usted ha escrito páginas tan lúcidas como emotivas sobre sus experiencias al verse obligado a exiliarse en Alemania tras la publicación de La Patagonia rebelde. ¿Cómo influyó en su identidad, personal y cultural, ese vaivén entre la Argentina y Alemania, y el exilio que usted —descendiente de alemanes— vivió además con una mirada sin concesiones?*

(En este punto del diálogo con Osvaldo Bayer, no pueden sino evocarse sus excepcionales textos *Residencia en la amada tierra enemiga*, *El cementerio de los generales prusianos* y *Ante la tumba de Elisabeth Käsemann*, escritos en 1979 a partir de una invitación formulada por el Instituto Alemán de Relaciones Exteriores para hablar acerca de “Imagen de Alemania Federal de un exiliado latinoamericano”. Aquel texto no sólo fue rechazado, sino que motivó el retiro de la invitación. Luego de tal prohibición, el escrito habría de ser ampliamente difundido en Alemania por diarios y revistas hasta su edición final en la editorial Rowohlt. Su posterior reedición, bajo el título *Exilio*, compartió el volumen con los arrasadores poemas de Juan Gelman “Bajo la lluvia ajena (notas al pie de una derrota)”. Un capítulo se abre con estas palabras estremecedoras: “Sí, la llegada a Alemania. El repentino regreso a los ancestros. En los huesos todavía el frío metálico que había comenzado a metérseme cuando, desde el asiento trasero del automóvil de la embajada alemana en Buenos Aires, divisé la primera barrera militar antes de llegar al aeropuerto. Un Sepp Payr, herrero, que partió con herramientas a conquistar las pampas en esos veleros que tardaban sesenta días

³Las trabajadoras de Brukman fueron violentamente desalojadas y reprimidas poco después de realizada esta entrevista.

en cruzar el Atlántico, es devuelto en avión, exiliado, con el nombre de Osvaldo Bayer. El campesino tirolés que fue a plantar mieses y a herrar caballos, lleno de ilusiones y de futuro, regresa cien años después, desesperanzado, sin herramientas. El azul se ha convertido en gris. El emigrado económico del siglo pasado regresa como emigrado político”. Hasta que la voz de Bayer fuerza a volver a la entrevista):

—A mí, la Argentina me atrae muchísimo, yo no podría vivir sin la Argentina. Porque ahora mismo podría estar en Alemania; tengo el bosque a veinte metros —mi hijo es arquitecto y nos hizo a mi mujer y a mí una casa, en una pequeña aldea llamada Lindz—, y estamos a un paso del Rhin: un paisaje hermoso, sin ruidos y de una tranquilidad impactante. Yo podría quedarme allí. Pero no podría vivir sin lo que hay y bulle en este país: las discusiones, la lucha y el debate constante, la gente. En realidad, yo le debo esto en gran parte a mi padre; tuve la suerte de tener un padre —de pensamiento socialista— que desde chico me incitó a la lectura y las discusiones sobre política. Y yo tomé este camino del interés apasionado por todo lo humano, para decirlo con palabras un poco grandilocuentes.

—Además, usted es un internacionalista.

—Absolutamente. Y soy un socialista libertario, y lo seré siempre.

